

CAPÍTULO 2: PROMESAS CASI INCREÍBLES

«CUANDO estemos con Cristo en gloria, contemplando la historia terminada de la vida», la característica más asombrosa de esa vida, al mirar hacia atrás, será su falta de oración.

Estaremos casi fuera de nosotros mismos de asombro por haber pasado tan poco tiempo en intercesión real. Será nuestro turno de “maravillarnos”.

En el último discurso de nuestro Señor a sus amados, justo antes de la más maravillosa de todas las oraciones, el Maestro una y otra vez extendió su cetro real de oro y dijo, por así decirlo: «¿Cuál es tu petición? Te será concedida, ¡hasta todo mi Reino!»

¿Creemos esto? Debemos hacerlo si creemos en nuestras Biblias. ¿Leeremos tranquilamente y con reflexión una de las promesas de nuestro Señor, reiterada tantas veces? Si nunca las hubiéramos leído antes, abriríamos los ojos con desconcierto, porque estas promesas son casi increíbles. De los labios de cualquier simple hombre serían completamente increíbles. Pero es el Señor del cielo y de la tierra quien habla; y está hablando en el momento más solemne de su vida. Es la víspera de su muerte y pasión. Es un mensaje de despedida. ¡Ahora escuchen!

«De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré» (Juan 14:13, 14). Ahora bien, ¿podría haber palabras más claras o más sencillas que estas? ¿Podría haber alguna promesa más grande o más grandiosa? ¿Ha ofrecido alguien más, en cualquier lugar, en cualquier tiempo, tanto?

¡Cuán atónitos debieron quedar aquellos discípulos! Ciertamente apenas podían creer lo que oían. Pero esa promesa también está hecha para ustedes y para mí.

Y, para que no hubiera ningún error de su parte, ni de la nuestra, nuestro Señor se repite unos momentos después. Sí, y el Espíritu Santo ordena a San Juan que registre esas palabras de nuevo. «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto; y así seréis mis discípulos» (Juan 15:7, 8).

Estas palabras son de tan grave importancia y tan trascendentales, que el Salvador del mundo no se contenta ni siquiera con una triple enunciación de ellas. Insta a sus discípulos a obedecer su mandato de “pedir”. De hecho, les dice que una señal de que son sus “amigos” será la obediencia a sus mandamientos en todas las cosas (versículo 14). Luego, una vez más, repite sus deseos: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé» (Juan 15:16).

Uno pensaría que nuestro Señor ya había dejado suficientemente claro que quería que oraran; que necesitaba sus oraciones, y que sin oración no podían lograr nada. Pero, para nuestra intensa sorpresa, vuelve de nuevo al mismo tema, diciendo casi las mismas palabras.

«En aquel día no me preguntaréis nada» — es decir, “no me haréis ninguna pregunta” (R.V., marg.) — «De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre, os lo dará en mi nombre. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido» (Juan 16:23, 24).

Nunca antes había puesto nuestro Señor tal énfasis en ninguna promesa o mandamiento, ¡nunca! Esta promesa verdaderamente maravillosa nos es dada seis veces. Seis veces, casi en el mismo aliento, nuestro Salvador nos manda pedir todo lo que queramos. Esta es la promesa más grande, la más maravillosa, jamás hecha al hombre. Sin embargo, ¡la mayoría de los hombres, los hombres cristianos, prácticamente la ignoran! ¿No es así?

La grandeza extraordinaria de la promesa parece abrumarnos. Sin embargo, sabemos que Él es «poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20).

Así que nuestro bendito Maestro da la exhortación final, antes de ser prendido, atado y azotado, antes de que sus graciosos labios sean silenciados en la cruz: «Pediréis en mi nombre... porque el Padre mismo os ama» (versículo 26). Hemos pasado a menudo mucho tiempo reflexionando sobre las siete palabras de nuestro Señor desde la cruz. Y está bien que lo hagamos. ¿Hemos pasado alguna vez una hora meditando en esta, la séptuple invitación de nuestro Salvador a orar?

Hoy Él se sienta en el trono de su majestad en lo alto, y nos extiende el cetro de su poder. ¿Lo tocaremos y le contaremos nuestros deseos? Él nos invita a tomar de sus tesoros. Anhela concedernos «conforme a las riquezas de su gloria», para que seamos «fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior». Nos dice que nuestra fuerza y nuestra fructuosidad dependen de nuestras oraciones. Nos recuerda que nuestro mismo gozo depende de la oración contestada (Juan 16:24).

Y sin embargo, ¡permitimos que el diablo nos persuada a descuidar la oración! Nos hace creer que podemos hacer más con nuestros propios esfuerzos que con nuestras oraciones, con nuestra interacción con los hombres que con nuestra intercesión ante Dios. Sobrepasa la comprensión humana que se preste tan poca atención a la séptuple invitación, mandamiento y promesa de nuestro Señor. ¿Cómo nos atrevemos a trabajar para Cristo sin estar mucho de rodillas? Hace poco, un fervoroso “trabajador” cristiano, maestro de escuela dominical y comulgante, me escribió diciendo: «Nunca he tenido una respuesta a la oración en toda mi vida». ¿Pero por qué? ¿Es Dios un mentiroso? ¿No es Dios digno de confianza? ¿No cuentan sus promesas para nada? ¿No quiere decir lo que dice? Y sin duda hay muchos que leen estas palabras que en sus corazones están diciendo lo mismo que ese trabajador cristiano. Payson tiene razón, es bíblico, cuando dice: «Si queremos hacer mucho por Dios, debemos pedir mucho a Dios: debemos ser hombres de oración». Si nuestras oraciones no son contestadas,

siempre contestadas, aunque no necesariamente concedidas, la culpa debe ser enteramente nuestra, y no de Dios. Dios se deleita en contestar la oración; y nos ha dado su palabra de que contestará.

Compañeros de labor en su viña, es bastante evidente que nuestro Maestro desea que pidamos, y que pidamos mucho. ¡Nos dice que glorificamos a Dios al hacerlo! Nada está fuera del alcance de la oración que no esté fuera de la voluntad de Dios, y no deseamos ir más allá de su voluntad.

No nos atrevemos a decir que las palabras de nuestro Señor no son verdad. Sin embargo, de alguna manera, pocos cristianos realmente parecen creerlas. ¿Qué nos detiene? ¿Qué sella nuestros labios? ¿Qué nos impide hacer mucho de la oración? ¿Dudamos de su amor? ¡Nunca! Él dio su vida por nosotros y para nosotros. ¿Dudamos del amor del Padre? No. «El Padre mismo os ama», dijo Cristo al instar a sus discípulos a orar.

¿Dudamos de su poder? Ni por un momento. ¿No ha dicho: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Id... y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días...»? (Mateo 28:18-20). ¿Dudamos de su sabiduría? ¿Desconfiamos de su elección para nosotros? Ni por un momento. Y sin embargo, muy pocos de sus seguidores consideran que la oración valga realmente la pena. Por supuesto, lo negarían, pero los hechos hablan más que las palabras. ¿Tenemos miedo de poner a Dios a prueba? Él ha dicho que podemos hacerlo. «Traed todo el diezmo al alfolí... y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y vaciaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Malaquías 3:10). Siempre que Dios nos hace una promesa, digamos con valentía, como dijo San Pablo: *Creo a Dios* (Hechos 27:25), y confiemos en que Él cumplirá su palabra.

¿Comenzaremos hoy a ser hombres de oración, si nunca lo hemos sido antes? No lo pospongamos hasta una temporada más conveniente. Dios quiere que yo ore. El querido Salvador quiere que yo ore. Él necesita mis oraciones. Tanto, de hecho, todo, depende de la oración. ¿Cómo nos atrevemos a retenernos? Que cada uno de nosotros se haga esta pregunta de rodillas: «Si nadie en la tierra

orara por la salvación de los pecadores más fervientemente o más frecuentemente de lo que yo oro, ¿cuántos de ellos serían convertidos a Dios por medio de la oración?»

¿Pasamos diez minutos al día en oración? ¿Lo consideramos lo suficientemente importante como para eso?

¡Diez minutos al día de rodillas en oración, cuando el Reino de los Cielos puede obtenerse pidiéndolo!

¿Diez minutos? Parece una porción muy inadecuada de nuestro tiempo para pasar asiendo a Dios (Isaías 64:7).

¿Y es oración cuando “decimos” nuestras oraciones, o solo estamos repitiendo diariamente algunas frases que se han vuelto prácticamente sin significado, mientras nuestros pensamientos divagan de un lado a otro?

Si Dios respondiera a las palabras que repetimos de rodillas esta mañana, ¿lo sabríamos? ¿Reconoceríamos la respuesta? ¿Recordamos siquiera lo que pedimos? Él sí responde. Nos ha dado su palabra para ello. Él siempre responde a toda oración real de fe.

Pero veremos lo que la Biblia tiene que decir sobre este punto en un capítulo posterior. Ahora estamos pensando en la cantidad de tiempo que pasamos en oración.

«¿Con qué frecuencia oras?» fue la pregunta que se le hizo a una mujer cristiana. «Tres veces al día, y todo el día además», fue la respuesta rápida. Pero, ¿cuántos hay así? ¿Es la oración para mí solo un deber, o es un privilegio: un placer, una verdadera alegría, una necesidad?

Obtengamos una visión fresca de Cristo en toda su gloria, y un nuevo vislumbre de todas las «riquezas de su gloria» que Él pone a nuestra disposición, y de todo el poder poderoso que le fue dado. Entonces obtengamos una visión fresca del mundo y de todas sus necesidades. (Y el mundo nunca fue tan necesitado como lo es hoy.)

¡Por qué, la maravilla no es que oremos tan poco, sino que podamos levantarnos de nuestras rodillas si nos damos cuenta de nuestra propia necesidad; las necesidades de nuestro hogar y de nuestros seres queridos; las necesidades de nuestro pastor y de la Iglesia; las necesidades de nuestra ciudad, de nuestro país, del mundo pagano y mahometano! Todas estas necesidades pueden ser satisfechas por las riquezas de Dios en Cristo Jesús. San Pablo no tenía duda acerca de esto, ni tampoco nosotros. ¡Sí! «Mi Dios proveerá a todas vuestras necesidades conforme a sus riquezas en gloria, en Cristo Jesús» (Fil. 4. 19). Pero para compartir sus riquezas debemos orar, porque el mismo Señor es rico para todos los que le invocan (Rom. 10. 12).

Tan grande es la importancia de la oración que Dios se ha ocupado de anticipar todas las excusas u objeciones que podamos probablemente hacer.

Los hombres alegan su debilidad o enfermedad, o declaran que no saben orar.

Dios previó esta incapacidad hace mucho tiempo. ¿No inspiró a San Pablo a decir: «El Espíritu también ayuda nuestra debilidad, pues no sabemos orar como se debe; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles; y el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque intercede por los santos según la voluntad de Dios» (Rom. 8. 26, 27).

Sí. Toda provisión está hecha para nosotros. Pero solo el Espíritu Santo puede «despertarnos» para «asirnos de Dios». Y si nos rendimos a las sugerencias del Espíritu, con toda seguridad seguiremos el ejemplo de los apóstoles de antaño, quienes «se entregaron a la oración» y «perseveraron firmemente en la oración» (R.V., Hechos 6. 4).

Podemos estar plenamente seguros de esto: la influencia de un hombre en el mundo puede medirse no por su elocuencia, ni por su celo, ni por su ortodoxia, ni por su energía, sino por sus oraciones. Sí, e iremos más lejos y sostendremos que ningún hombre puede vivir rectamente si no ora rectamente.

Podemos trabajar para Cristo de la mañana a la noche; podemos pasar mucho tiempo en el estudio de la Biblia; podemos ser muy sinceros y fieles y «aceptables» en nuestra predicación y en nuestro trato individual, pero ninguna

de estas cosas puede ser verdaderamente efectiva a menos que seamos mucho en oración. Solo estaremos llenos de buenas obras; y no «dando fruto en toda buena obra» (Col. 1. 10). Estar poco con Dios en oración es ser poco para Dios en el servicio. Mucha oración secreta significa mucho poder público. Sin embargo, ¿no es un hecho que mientras nuestra organización está casi perfecta, nuestro agonizar en oración está casi perdido?

Los hombres se preguntan por qué el Avivamiento retrasa su venida. Solo hay una cosa que puede retrasarlo, y es la falta de oración. Todos los Avivamientos han sido el resultado de la oración. Uno a veces anhela la voz de un arcángel, pero ¿de qué serviría si la voz de Cristo mismo no nos despierta a orar? Parece casi una impertinencia que cualquier hombre levante el clamor cuando nuestro Salvador ha presentado sus promesas «ilimitadas». Sin embargo, sentimos que algo debe hacerse, y creemos que el Espíritu Santo está impulsando a los hombres a recordarse a sí mismos y a otros las palabras y el poder de Cristo. Ninguna palabra mía puede impresionar a los hombres con el valor de la oración, la necesidad de la oración y la omnipotencia de la oración.

Pero estas palabras salen empapadas en oración para que Dios el Espíritu Santo mismo convenza a los hombres y mujeres cristianos del pecado de la falta de oración, y los impulse a sus rodillas, a invocar a Dios día y noche en intercesión ardiente, creyente y prevalente! El Señor Jesús, ahora en los cielos, nos hace señas para que caigamos de rodillas y reclamemos las riquezas de su gracia.

Ningún hombre puede prescribir a otro cuánto tiempo debe pasar en oración, ni sugerimos que los hombres hagan un voto de orar tantos minutos u horas al día. Por supuesto, el mandamiento bíblico es «Orad sin cesar». Esta es evidentemente la «actitud de oración»: la actitud de la vida de uno.

Aquí estamos hablando de actos definidos de oración. ¿Has cronometrado alguna vez tus oraciones? ¡Creemos que la mayoría de nuestros lectores se asombrarían y confundirían si realmente se cronometrarán!

Hace algunos años, el escritor enfrentó esta cuestión de la oración. Sintió que para él mismo, al menos una hora al día era el tiempo mínimo que debía pasar en oración. Anotó cuidadosamente cada día un registro de su vida de oración. Con el tiempo, conoció a un trabajador manual que estaba siendo muy usado por Dios.

Cuando se le preguntó a qué atribuía principalmente su éxito, este hombre respondió tranquilamente: «Bueno, no podría avanzar sin dos horas al día de oración privada».

Luego cruzó mi camino un misionero lleno del Espíritu, proveniente de ultramar, que contó muy humildemente las cosas maravillosas que Dios estaba haciendo a través de su ministerio. (Se podía ver claramente que a Dios se le daba toda la alabanza y toda la gloria.) «Encuentro necesario, muchas veces, pasar cuatro horas al día en oración», dijo este misionero.

Y recordamos cómo el Más Grande Misionero de todos solía a veces pasar noches enteras en oración. ¿Por qué? Nuestro bendito Señor no oró simplemente como un ejemplo para nosotros: Él nunca hizo las cosas meramente como ejemplo. Oró porque necesitaba orar. Como Hombre perfecto, la oración era para Él una necesidad. Entonces, ¿cuánto más necesaria es para ti y para mí?

«¡Cuatro horas al día en oración!», exclamó un hombre que está dando toda su vida al trabajo cristiano como misionero médico. «¿Cuatro horas? ¡Denme diez minutos y termino!» Esa fue una confesión honesta y valiente, aunque triste. Sin embargo, ¿y si algunos de nosotros habláramos con la misma honestidad...?

Ahora bien, no fue por accidente que estos hombres cruzaron mi camino. Dios estaba hablando a través de ellos. Era simplemente otro «llamado a la oración» del «Dios de paciencia», que también es un «Dios de consuelo» (Rom. 15. 5). Y cuando su mensaje tranquilo se hundió en mi alma, un libro llegó a mis manos, «por casualidad», como dice la gente. Contaba breve y simplemente la historia de John Hyde: «Hyde el Orador», como llegó a llamársele. Así como Dios envió a San Juan el Bautista para preparar el camino de nuestro Señor en su primera venida, así envió en estos últimos días a San Juan el Orador, para enderezar los caminos para su segunda venida. «Hyde el Orador»: ¡qué nombre! Mientras uno

leía sobre esta vida maravillosa de oración, uno comenzaba a preguntarse: «¿He orado alguna vez?»

Encontré que otros se hacían la misma pregunta. Una dama, conocida por su maravillosa intercesión, me escribió diciendo: «Cuando dejé este libro, comencé a pensar que nunca en toda mi vida había orado realmente!»

Pero aquí debemos dejar el asunto. ¿Nos pondremos de rodillas ante Dios y permitiremos que su Espíritu Santo nos examine por completo? ¿Somos sinceros? ¿Deseamos realmente hacer la voluntad de Dios? ¿Creemos realmente sus promesas? Si es así, ¿no nos llevará a pasar más tiempo de rodillas ante Dios? No hagas voto de orar «tanto» al día. Resuelve orar mucho, pero la oración, para ser de valor, debe ser espontánea, y no por obligación.

Pero debemos tener en cuenta que las meras resoluciones de tomar más tiempo para la oración, y de vencer la reticencia a orar, no resultarán duraderamente efectivas a menos que haya una rendición de todo corazón y absoluta al Señor Jesucristo. Si nunca hemos dado este paso, debemos darlo ahora si deseamos ser hombres de oración.

Estoy bastante seguro de este hecho: Dios quiere que yo ore; quiere que tú ores. La pregunta es, ¿estamos dispuestos a orar?

Clemente Salvador, derrama sobre nosotros la plenitud del Espíritu Santo, para que de verdad lleguemos a ser Cristianos de rodillas.

A Dios tu cada necesidad

En oración inmediata muestra.

Ora siempre; ora y no desfallezcas:

¡Ora! Sin cesar, ora.